

TRES MESES DE POLITICA INTERNACIONAL

POR

OTTO DE AUSBURGO

1. EL MES DIPLOMATICO: *CRISIS EN EL ORIENTE MEDIO*

IGNORANCIA MONUMENTAL

Desde el comienzo del pasado año, el Oriente Medio ha acaparado una vez más la atención de las crónicas internacionales. Al acuerdo por el cual el coronel Nasser comprara armas a Checoslovaquia se ha sucedido inmediatamente el ingreso del Irán en el Pacto de Bagdad y la Conferencia internacional que ha reunido a Turquía, Irak, Paquistán, Irán e Inglaterra junto a las riberas del Tigris.

Lo que sorprende sobre manera en los artículos que la Prensa mundial consagra a estos acontecimientos es la alarmante y monumental ignorancia que se padece acerca de la realidad de estos países. Es probado que, en el mapa de la mayoría de nuestros comentaristas políticos, el Oriente Medio es una vasta *terra incognita*. Esta laguna se ve reemplazada por toda una serie interminable de prejuicios y de teorías sin fundamento posible en la realidad. Porque en derredor del Oriente Medio se han montado distintas campañas de ferocísima propaganda. Este hecho es particularmente digno de consideración para los Estados Unidos, porque, tras diez años de dudas, los políticos norteamericanos han de asumir, de buen o mal grado, la responsabilidad principal de la evolución política de una región ignorada completamente por la mayoría de los norteamericanos y juzgada a través de la lente deformante de una exposición estrictamente partidista.

Esta actitud es peligrosísima. El Oriente Medio es, política, económica y estratégicamente, una de las regiones más importantes de nuestro globo. *Políticamente*, sus pueblos están mucho más desarrollados de lo que en general se cree. Es un hábito deplorable, copiado de los anglosajones, considerar como inferior todo cuanto difiere de lo nuestro. Naturalmente, los pueblos islámicos viven

una concepción política que no se corresponde con la nuestra. Desde luego, sería poco lógico que fuera de otro modo. Sin embargo, objetivamente, no puede considerárselos como inferiores. En el mundo de las ideas y de las realizaciones culturales, las naciones musulmanas han colaborado tanto por lo menos en el progreso de la Humanidad como europeos y americanos.

Económicamente, Europa depende en gran medida del Oriente Medio. La zona libre de nuestro continente importa hoy día, en la región del golfo Pérsico, el 98 por 100 de sus necesidades en petróleo. Por otra parte, el Canal de Suez es uno de los pulmones del Mediterráneo.

En fin, *estratégicamente*, la región que se extiende entre Egipto e Irán es no sólo la tradicional "ruta de las Indias", sino que constituye el arribo directo al continente africano y forma el flanco de toda defensa europea. Un acontecimiento militar en la llanura del Eufrates tendría consecuencias inmediatas sobre la defensa del Rin y de los Pirineos. Y una ocupación soviética de los países árabes podría conducir, asimismo, a un desplome completo de lo que puede denominarse hoy "la fortaleza mediterránea".

De cuanto precede se concluye que nada sería tan nocivo como un error de juicio concerniente a esta región. Sin duda sobrepasaría los límites de un simple estudio el propósito de enumerar los problemas de cada uno de los doce Estados en que se distribuye este vasto territorio asiático. Sin embargo, existen ciertos hechos fundamentales que son comunes a todos ellos, y su conocimiento contribuirá a formar un juicio sano y objetivo.

LA INESTABILIDAD POLÍTICA

El primer problema que se plantea con excesiva frecuencia, y sin estudiar sus causas, es el de la inestabilidad de los países del Oriente Medio. Con facilidad se condena la sangre demasiado cálida de los orientales, o bien se les acusa de incapacidad política. Injusticia flagrante. Porque el desorden reinante en el Oriente Medio significa, ante todo, la responsabilidad de las grandes potencias que ganaron la primera guerra mundial, y muy particularmente de Francia y de Inglaterra.

Antes de 1918, casi toda esta vastísima región se hallaba unificada bajo la autoridad de la Puerta Sublime. Se ha acusado a los turcos de un sistema arcaico de gobierno y de prácticas, en cierto modo, demasiado brutales. No pretendemos negar los he-

chos. Pero, junto a estas debilidades indiscutibles, el Imperio otomano contó con sabiduría diplomática y sagacidad gubernamental tan efectivas, que le permitió el mantenimiento de una larga etapa de paz y de unidad, permitiendo simultáneamente a todo el mundo un máximo de libertad. Además, la unidad, si bien precaria, confirió cierta actitud autónoma frente a influencias extranjeras.

Turquía representó, sin embargo, el papel de un gran tapón que, por el simple hecho de existir, frenó la brutalidad de las grandes potencias. Por otra parte, la unidad de la región aseguraba perspectivas de un futuro desarrollo armónico.

A la terminación de la primera guerra mundial, el Imperio turco fué desmembrado. Los vencedores aseguraron que tal distribución se basaba en la voluntad popular. Si se leen las Memorias de quienes fueron artífices de esta destrucción, puede comprobarse su inexactitud. El Imperio de los sultanes hubo de desaparecer para permitir a las potencias europeas la imposición de su sistema colonial o, más bien, semicolonial, a pequeños Estados indefensos en los cuales había barruntos de riquezas. Así fué como el Oriente Medio fué distribuído brutalmente en zonas de influencia, en la que los agentes extranjeros hacían, más o menos, cuanto les parecía bueno o ventajoso para su propio país.

Semejante sistema no podía prosperar mucho. Durante la guerra de 1914 se había excitado el nacionalismo de diversos países, con objeto de desintegrar a Turquía. Pero este sentimiento, una vez despertado, no pudo ser contenido. Y las cañas se tornaron lanzas en contra de los propios maestros. Y éstos se vieron obligados a replegarse de posición en posición hasta perder absolutamente el control. La segunda guerra mundial y sus consecuencias inmediatas significaron el término de la mayoría de los regímenes semicoloniales.

Pero lo cierto es que, si las potencias extranjeras fueron destronadas, su obra actuó como destructora de la unidad del Oriente Medio. Al eliminar el factor conjuntivo, se hizo cada vez más difícil la conciliación de los nacionalismos exasperados. Con la derrota de los turcos, nadie se sintió con fuerzas ni con práctica suficientes como para reemprender su misión. En lugar de una unidad, se creó desde entonces una docena de Estados independientes, débiles, siempre hostiles entre sí. El resultado es una depresión política que, al seguir las inmutables leyes de la naturaleza, ha de desembocar en la tempestad. Los acontecimientos que en la actualidad hacen temblar a Wáshington, a Londres y a París son la

consecuencia lógica de los actos de aquellos falsos grandes hombres que, en los Tratados de Versalles, St. Germain y Sèvres, sentaron las bases de la anarquía actual.

EL "BOOM" PETROLÍFERO

Sobre esta vacilante cimentación política se fraguó la revolución económica más grande de todos los tiempos. Efectivamente, el descubrimiento de petróleo en Irán, Irak, Arabia Saudita, Bahrein, Qatar y Kuwet, cambió radicalmente la estructura económica y social de todas las naciones vecinas del golfo Pérsico.

Hasta el descubrimiento del petróleo en el subsuelo, la mayor parte del Oriente Medio vivía con un *standard* de vida extremadamente bajo. Este bajo nivel no se debía—como se ha pretendido con frecuencia—a la pereza o a la incapacidad de sus pueblos. La pobreza se derivaba de la realidad: región cubierta de desiertos o de territorios tan áridos, que sólo dan a quienes los trabajan una mísera pitanza. Y, precisamente, el "oro negro" se halla en los países más descarnados.

Uno de los dirigentes de la Aramco, la Compañía petrolífera norteamericana que opera en Arabia, dijo en una ocasión: "En nuestra industria es más fácil ganar dinero que distribuirlo con buen criterio." Esta frase sagaz reafirma, desde luego, un principio general. La riqueza, sobre todo la riqueza repentina, es más peligrosa que la pobreza. Y esta ley es aún más cierta para cuanto, como el petróleo del Oriente Medio, no es el fruto de grandes trabajos, sino de un golpe de fortuna.

Para ser rico sin sufrir demasiado las consecuencias de la riqueza súbita, es precisa una mayor preparación que para ser pobre. Los países del Oriente Medio sólo conocían la miseria. Luego, una auténtica lluvia de oro se abatió sobre el desierto. La lluvia es una bendición, si cae dulcemente y es absorbida por la tierra, fertilizándola. Pero se trueca en catástrofe, si llega subitánea, brutalmente, sobre un terreno endurecido. En tal caso, provoca inundaciones, que arrasan las tierras y las construcciones que encuentran a su paso.

Tal es la imagen que hemos de aplicar al caso del Oriente Medio. Hombres que jamás conocieron la riqueza, se convierten en millonarios. No se les puede censurar por dejarse dominar por una especie de ebriedad, de derroche sin límites, de no pensar en el futuro. Por añadidura, comienza a cuajar una juventud que se corrompe rápidamente al contacto con una fortuna excesiva-

mente vasta. En los países afectados directa o indirectamente por el *boom* petrolífero, las nuevas generaciones corren peligro de perder su fe, su sentido moral y su vinculación a las virtudes ancestrales. Este peligro se duplica en el caso de una juventud que fué educada lejos del ambiente islámico, que hoy día abarrota las Universidades norteamericanas, tales como la Columbia o la University of Southern California, por sólo nombrar dos de ellas. Es interesante señalar que estos riquísimos jóvenes regresan de Norteamérica, el país del capitalismo, siempre prestos a entregarse en cuerpo y alma a la doctrina comunista, pues sólo ella parece llenar su existencia; pues ocupa en su alma el vacío dejado por la religión tradicional.

No hay duda de que la gran mayoría de las naciones conserva todavía su salud. Pero la experiencia histórica muestra que las catástrofes se anuncian por la corrupción previa de las minorías. No fué el pueblo francés el origen de la Revolución de 1789; fueron los aristócratas libertinos de la Corte de Versalles quienes arrojaron una semilla, germinada en la admiración snobista de los filósofos ateos, cuya recolección se realizó a golpe de guillotina.

La evolución política del Oriente Medio prueba que el hombre no puede, como puede la máquina, sufrir sin perturbaciones un cambio total en su nivel de vida en pocas horas o en algunos años. Es necesario un período de adaptación, por el que no han pasado las naciones árabes. Y así, estos países se encuentran hoy sumidos en una tensión moral que hemos de admitir como demasiado fuerte para el mantenimiento de un equilibrio interior.

Desde luego, los occidentales hemos de cargar con la grave responsabilidad de esta situación. Porque hemos sido nosotros, con nuestra prisa insensata, con nuestro ánimo de lucro, quienes impusimos nuestro ritmo vital a los pueblos islámicos. Nosotros, que no hemos tenido la fortaleza de alma de limitar prudentemente la expansión económica, y de tal forma, que tanto hombres como instituciones pudieran adaptarse a la nueva situación. Llegará un día en que seremos juzgados, si el fruto de nuestros métodos no conduce a nada bueno, sino al contrario, a un caos moral y político.

EL ESTADO DE ISRAEL

El tercer factor que hoy día influye decisivamente en las cuestiones del Oriente Medio es la formación del Estado de Israel, en 1948. No es cosa de hacer aquí historia de su desarrollo polí-

tico. Baste, sin embargo, con señalar que pocas cuestiones han desatado un apasionamiento más vivo que esta de Israel. Y hasta tal punto, que en la práctica es casi imposible llegar a un juicio objetivo sobre la materia. La mayoría de la información disponible está transida de un espíritu partidista y deformada por la presión de una propaganda sin precedentes en la historia de la Humanidad. Pese a todo, es preciso llevar a cabo un gran esfuerzo de objetividad, si se quiere llegar a una sana comprensión de cuanto sucede ante nuestros ojos.

Para el árabe medio—y existen muy pocas excepciones en este sentido entre ellos—, el Estado judío fué creado por Inglaterra y sobre todo por los Estados Unidos, sobre la base de un propósito expansivo y de colonización. Para Wáshington—siguen opinando—, Israel no es sino un punto de partida. Una vez consolidados los judíos, creen los árabes que se producirían agresiones sucesivas, en cuya virtud, las potencias extranjeras, interpretadas por los judíos, conquistarían todo el espacio islámico. Por supuesto, hay que admitir objetivamente que esta idea suele alimentarse en monumentales errores psicológicos. Cuando los políticos norteamericanos y la Prensa de los Estados Unidos insisten en que Israel es una cabeza de puente democrática en el continente asiático, proporcionan un argumento más para tales sospechas. Y cuando los prohombres de la política israelí hablan de fronteras naturales sobre el Eufrates y sobre el Nilo, consolidan inconscientemente el frente de sus adversarios. Asimismo, ciertos suministros de armas que violan anteriores declaraciones públicas y que son claramente evidentes hacen dudar a los árabes de la buena fe de los occidentales.

No hay duda de que es muy difícil probar que Europa, y sobre todo Norteamérica, no tienen propósitos imperialistas. Porque los árabes ya no creen en palabras. En este sentido no cabe otro recurso que el de condenarnos nosotros mismos. Porque las violaciones de palabra, perpetradas por las grandes potencias en el Oriente Medio, desde la primera guerra mundial, sobrepasan singularmente cuanto estamos acostumbrados a sufrir en Europa de un tiempo a esta parte.

De todo cuanto precede se deduce la conclusión de que, frente a Israel, se alza un mundo enemigo, convencido de una agresión judía en porvenir no muy lejano. A ello agreguemos que, como es natural, los Gobiernos más directamente interesados tienden a juzgar los asuntos internacionales en función de lo que consideran

como peligro inmediato. Tal es, por supuesto, una reacción muy comprensible y muy humana.

Igualmente natural es, desde luego, la actitud de los israelitas, quienes, ante tal estado de cosas, intentan estrechar sus vínculos con Norteamérica y buscar públicamente la ayuda occidental. En consecuencia, Israel ahonda el foso que lo separa de sus vecinos, y dificulta aún más la única solución que a largo plazo conduciría a una pacificación duradera: la integración de Israel en el Oriente Medio, en tanto que Estado oriental y no europeo o norteamericano.

LA POLÍTICA DEL KREMLIN

La situación creada por los diversos factores que acabamos de enumerar ha de llamar necesariamente la atención de los dirigentes del Kremlin, siempre atentos a encontrar una región en la que sea propicia la creación o suscitación de un clima revolucionario.

La política rusa en el Oriente Medio ha pasado por tres fases distintas después de la primera guerra mundial. Respecto a la primera fase, la U. R. S. S. se consolidó en las posiciones conquistadas durante la guerra, y muy especialmente en la República Popular de Azerbaidján. Cuando la enérgica actitud de los Estados Unidos le obligó a evacuar el Norte de Persia, la U. R. S. S. inició una fase letárgica. Se tenía la impresión de que, ocupados en otras cuestiones, los estrategas del Kremlin ignoraban las realidades del Oriente Medio. Por último, en el invierno de 1948-49 se mostraron los primeros síntomas de una nueva activación política. Esta política fué dirigida primero por Mir Djaffar Bagirov—fusilado; según parece, después—, y ensayó la creación de movimientos comunistas autóctonos y, simultáneamente, una infiltración comunista entre los más antiguos grupos de los griegos ortodoxos, con la ayuda del patriarca Alexej, de Moscú. Tal fué la época en la cual comunistas como el doctor Keshavarcz, o el abogado Khaled Baghdache, distribuían alegremente millones, en tanto que el arzobispo de Leningrado, Gregorij, practicaba sus métodos, preparados por la MVD, en los miembros de las comunidades religiosas de Alejandría y de Jerusalén. Tras éxitos iniciales incontestables, el comunismo declinó luego lentamente y más tarde con mayor celeridad, sobre todo a partir de la caída en agosto de 1953 del dictador Musad-dak, en Irán. Por otra parte, la hábil acción del patriarca Athenagoras, de Estambul, minó las posiciones rusas entre los ortodoxos.

Esta evolución política condujo a la caída de Bagirov y otorgó la iniciativa a uno de sus más avisados antagonistas, el diplomático soviético Daniil Semenovich Solod. Gran experto en cuestiones del Oriente Medio, Solod había estado acreditado anteriormente en Beyrouth, para ser luego nombrado embajador en El Cairo. La tesis de Solod consiste en que los partidos comunistas no tienen posibilidades serias en las regiones islámicas, y que los éxitos alcanzados entre los ortodoxos griegos—en el caso dudoso de que hubieran existido tales éxitos—no presentaban utilidad ni valor desde un punto de vista general. Solod se mostró partidario de liquidar gradualmente la ayuda a los partidos comunistas nacionales y reemplazarla por una aproximación política basada en una acción diplomática tendente a volver al Oriente Medio en contra de los occidentales. Solod vió en Israel y en la hostilidad irreducible del mundo árabe contra el Estado judío el instrumento idóneo para sembrar la anarquía, para arruinar la fama de los occidentales y, sobre todo, para privarles de los recursos petrolíferos del Golfo Pérsico. Y con este fin, Solod concibió dos posibilidades distintas.

Desde el punto de vista soviético, la solución óptima sería una renovación de la guerra de Palestina. Esta guerra, según la opinión soviética, daría más que probablemente vencedores a los judíos, con la ayuda más o menos velada de los occidentales. La U. R. S. S. mantendría una prudente neutralidad. Vencidos los Estados árabes, atravesarían una gravísima crisis moral, a la que seguiría una revolución que acabaría con los regímenes actuales y que estaría signada por un carácter netamente antioccidental. Las concesiones petrolíferas serían anuladas y aceptada con agrado la ayuda soviética para reemplazar a los técnicos occidentales expulsados de los países árabes.

En el caso de que fallase este primer plan, Solod trabajaría en la formación de un bloque neutralista, en el cual se incluirían Egipto y Arabia y aislaría de este modo el frente de los Estados filooccidentales entre Ankara y Karachi.

EL PACTO DE BAGDAD

A Nuri as Said Pacha, primer ministro del Irak, y a los dirigentes turcos, les corresponde el mérito histórico de haber comprendido el plan soviético incluso antes que se iniciara su desarrollo. Para hacer frente a este peligro fué organizado precisamente el

Pacto de Bagdad, reforzado más tarde por la adhesión del Pakistán y del Irán. Este acuerdo de seguridad colectiva, vinculado a los sistemas de la Nato y de la Seato, es una réplica adecuada potencialmente a las miras soviéticas. Lo cierto es que el Pacto cuenta hoy con enemigos en numerosos Estados árabes. Pero esta hostilidad no es cuestión de principios. Antes bien, proviene de la suspicacia actual con que los árabes consideran a los occidentales. Por desgracia, para acabar con esta suspicaz desconfianza sólo disponemos de mala voluntad.

Sin embargo, no es prueba de optimismo injustificado afirmar que será la actitud de los occidentales la responsable o no del éxito del Pacto de Bagdad. Si el mundo libre se decide a proporcionar a los países del frente Ankara-Karachi una ayuda armada y el sostén económico a los cuales tienen derecho, el Pacto de Bagdad podrá convertirse rápidamente en un poderoso centro de atracción. Si, por el contrario, Occidente titubea y se muestra débil e irresoluto, la animosa iniciativa de los árabes no cosechará el fruto que se merece.

Así, pues, en el Oriente Medio nos hallamos hoy en una lucha decisiva entre el concepto representado por el soviético Solod y el espíritu de Bagdad. El primero tiende a crear la anarquía y a conducir gradualmente a la cautividad del Oriente Medio bajo el grillete soviético. El segundo contempla la seguridad colectiva y la independencia nacional en una unión que conduciría, finalmente, a la federación de los países islámicos. Tal es la alternativa que se abre no sólo ante los dirigentes árabes, sino también ante las grandes potencias occidentales.

2. EL MES DIPLOMATICO: *CREPUSCULO DE ILUSIONES*

En el plano político, como en el de la Naturaleza, el invierno se caracteriza por las tormentas, el frío, la nieve y las nieblas. Las hojas muertas, los árboles se desnudan, muestran sus formas sin artificios y sin el bello colorido de los meses propicios. Esta denudación hace del invierno una estación realista en la que las cosas se muestran tal y como son.

Más que cualquier otro período posterior a 1946, la primavera y el verano de 1955 vivieron una etapa ilusoria. Desde luego, una visión retrospectiva de estos meses muestra la sorpresa de que hombres reputados por inteligentes y responsables hayan podido

hacer y pensar las locuras, por no decir algo peor, a que se han aplicado nuestros llamados "hombres de Estado".

Sobre todo, la Conferencia de Jefes de Estado celebrada en junio ha constituido un acontecimiento memorabilísimo. Algunas jornadas de gran guñol en Ginebra fueron suficientes no sólo para eclipsar absolutamente los recuerdos del pasado y las lecciones duramente aprendidas en Yalta, en la derrota china o en los bloques de Berlín, sino que, además, crearon en la Prensa y en la opinión pública una embriaguez colectiva e intolerante que se parecía extrañamente a esa exaltación diabólica provocada por el *hachich* o la marihuana. Los pocos infelices que intentaron la disipación de tales ensoñaciones, hablando de los hechos, se vieron agriamente llamados al orden y a la conformidad democráticas. Se les acusó no solamente de aguafiestas, sino que incluso se les tachó de fascistas, y ya se sabe, tras el suceso de Nuremberg, lo que les sucede a los tales.

Durante meses, el espíritu de Ginebra dominó absolutamente la escena y, desde luego, dió pretexto a todo, desde la disminución de los impuestos previstos para 1956 a la concesión de una nueva respetabilidad a los partidos comunistas. Por supuesto, nadie intentó definir el susodicho espíritu. Se le citaba, se le utilizaba como pretexto; pero se ignoraba su consistencia. Nos recordaba un poco la ilusoria condición de las materializaciones de las sesiones espiritistas. Porque carecía de semblante, de cuerpo y daba la impresión de un sudario suspendido en el vacío, intocable e indescriptible. Y ello, desde luego, no tendría que sorprender, puesto que jamás existió.

Esta dura lección fué propinada a los paladines de Ginebra con las primeras nieblas del otoño. Una vez obrada la ilusión, Krustchev, con su torpe manaza de oso moscovita, arrojó la máscara sonriente al cesto de los papeles. Indudablemente, durante las primeras semanas nuestra prensa publicó grandes informaciones, fiel a sus preferencias, hasta que acabó arrojándolas al mismo cesto, para continuar admirando la imagen bien amada. Esta posición, sin embargo, era incómoda a la larga, y fué preciso retractarse y entender mejor la ironía siniestra de los gananciosos de un momento de embriaguez.

Con la terminación de la segunda Conferencia de Ginebra, nos hemos metido nuevamente en la guerra fría, forzados esta vez a hacer frente a las nuevas amenazas.

Dijimos que la guerra fría había recommenzado. ¿Qué representa en puridad esta noción? Si se estudia la primera fase de este

conflicto de 1946 a 1955, podemos afirmar que la guerra fría es una lucha política de propaganda económica e incluso a veces una acción militar localizada, con objeto de asegurar, en el plano de la estrategia mundial, posiciones ventajosas. Estas operaciones más o menos pacíficas se sobrecargan con una carrera de armamentos.

Nos hallamos, pues, ante dos acciones distintas: una, en el plano internacional; la otra, sobre el plano estrictamente militar, pero que persiguen ambas un mismo objetivo. Por parte soviética, constituye la revolución mundial, es decir, la conquista y unificación del mundo bajo la dirección del Kremlin. Del lado de las naciones libres, por otra parte, contemplamos operaciones defensivas encaminadas a evitar que los dirigentes rusos realicen sus ambiciosos deseos.

Esta consideración nos muestra por sí misma la debilidad congénita de la posición occidental. Una ojeada sobre el mapa nos mostrará inmediatamente que la Unión soviética y sus aliados gozan de la ventaja—momentánea, desde luego—de la línea interior. Las distancias políticas y militares son infinitamente menores y sus líneas de comunicación más cortas que las de sus adversarios. Por añadidura, esta ventaja táctica se ve aumentada por el hecho de que el plan soviético es dinámico, esto es, ofensivo. Por regla general, tienen en su mano la elección del campo de batalla y pueden dirigir sus fuerzas sin enredarse en el laberinto de los grandes principios y en la fraseología altisonante que caracteriza a la progresión lenta y torpe de las fuerzas occidentales.

Desde el punto de vista de la estrategia mundial, los soviéticos han cambiado de campos de batalla, bajo la cobertura de la niebla artificial ginebrina. Como ya señalamos en crónicas anteriores, hemos de hacer frente ahora a una ofensiva de gran estilo sobre el Oriente Medio, con prolongaciones en el continente africano, en tanto en cuanto otras operaciones laterales sobre Alemania, de una parte, y en el Extremo Oriente, por otra, confieren suficiente diversión como para no permitir una concentración de reservas del mundo libre. En otros términos, en este comienzo de 1956, está claro que la esencia misma de la guerra fría no ha cambiado en nada. Sólo los frentes son distintos. Y la nueva dirección de las ofensivas no ha sido elegida por el mundo libre. Una vez más, la diplomacia soviética, hasta allí donde alcanzan nuestros horizontes, nos ha impuesto su propia estrategia y su ritmo propio.

Junto a estos aspectos generales, la guerra fría es asimismo expresión política de un rearme intensivo. Posiblemente se ha prestado muy poca atención a esta fase de la evolución política con-

temporánea. No hay duda de que su mención despierta pocas simpatías. Pues quien habla de rearme, habla necesariamente de peligro de guerra; y una carrera de armamentos aumenta esta amenaza de manera sensible. No es menos cierto, asimismo, que hace mucho tiempo venimos considerando esta situación, ya que puede influir considerablemente sobre las decisiones políticas del presente año.

En materia de armamentos hay que distinguir entre el poderío potencial y la situación práctica planteada en el momento actual. Desde el punto de vista potencial, los aspectos generales son alentadores. El mundo libre goza de una superioridad de recursos naturales, de fuerzas de trabajo y de equipamiento industrial muy por encima de la U. R. S. S. Si por ambas partes se esforzasen en igual medida en el desarrollo de su potencial bélico, la disparidad entre el mundo comunista y el no comunista sería enorme a favor de este último. En realidad, podría decirse que, si el mundo libre tuviese idéntica determinación e igual espíritu de sacrificio que los comunistas, no existiría la guerra fría. Porque entonces la supremacía de los occidentales sería indiscutible e indiscutida.

Por otra parte, si bien el potencial es esperanzador, la situación actual, tal y como es, no puede considerarse alentadora. Y este hecho cambia los términos de la disyuntiva; al menos, en lo inmediato. Porque, en la política de la hora presente, la potencialidad de los armamentos soviéticos es mucho mayor que la de las naciones atlánticas.

Una propaganda bienintencionada, pero ciertamente con equivocada orientación, parece negar este hecho. Y, no obstante, es por desgracia cierto que, con muy pocas excepciones, la Unión Soviética va por delante del mundo libre en todas las armas clásicas. A este respecto, la realidad más evidente señala hoy día que Moscú está en trance de liquidar el excedente de su armamento, sobre todo en materia de aviación. Su acuerdo con Egipto constituye un hecho característico. Ahora bien: las armas que la Unión Soviética vende como excedente de su producción de guerra y reemplaza por material modernísimo, pertenecen a la más moderna clase de armamento de las naciones libres. Ciertamente poseemos prototipos que todavía no han iniciado su etapa de producción. No obstante, desde el punto de vista del equipamiento general, el Ejército soviético es superior.

Indudablemente, se nos objetará que hemos olvidado en nuestra enumeración a la Marina y a las armas nucleares. En cuanto a la primera, incontestablemente, el dominio de los mares es una de

las ventajas más decisivas de las naciones occidentales, y en especial, de los Estados Unidos y de Inglaterra. Pero, por otra parte, en cuanto concierne a las superarmas, puede afirmarse que la supremacía de las naciones libres ha dejado de existir. Cuantitativamente, la riqueza norteamericana asegura ciertamente a los países libres un número bastante grande de bombas atómicas clásicas, para disponer de más del doble del disponible por el resto de las naciones. Pero en cuanto a calidad y eficacia, puede afirmarse que los últimos ensayos soviéticos, realizados en octubre y en noviembre de 1955, han producido un arma nuclear, o más bien termonuclear, cuyos efectos son mucho más poderosos que cualquiera de las bombas de que dispone Norteamérica, con lo cual incorpora a su técnica un principio constructivo que no ha podido ser conquistado todavía en los Estados Unidos.

Nos encontramos, pues, en una situación en la cual, realmente, el balance de las superarmas queda establecido de tal manera, que ninguno de los dos bloques puede aspirar a la supremacía absoluta. En cuanto al factor de poderío político, las armas nucleares y termonucleares no favorecen hoy a nadie. Tal es un hecho de decisiva importancia y que aportará efectos considerables en los meses venideros. Esta realidad ilustra asimismo la irresponsabilidad de ciertos responsables políticos occidentales, que en la coyuntura actual osan todavía hablar de reducción de fuerzas armadas o de equipamiento clásico.

EL SARRE VUELVE A SER ALEMÁN

Así, pues, si el movido final de 1955 ha contemplado el escamoteo del fantasma de la coexistencia pacífica y del espíritu de Ginebra, existe también otra ilusión que ha desaparecido simultáneamente, en un plano bien distinto.

Después de 1945, los políticos de París intentaban empujarse a Alemania con la creación de un minúsculo Estado-tapón: el Sarre. Las intenciones francesas combinaban los cálculos científicos y muy realistas de los grandes intereses del carbón y del acero con un romanticismo político, incorporado por Grandval, el ideólogo de la Resistencia. Bajo esta doble premisa se estableció un protectorado, en el cual la impronta era marcada por los diferentes planes de europeización. Estos planes tenían por objeto hacer olvidar la realidad de que el Sarre era un país completamente alemán, sin justificación histórica para una existencia independien-

te y, por supuesto, incapaz a largo plazo de valerse por sí mismo.

Mientras el régimen del Presidente Johannes Hoffmann, sostenido por la enérgica Policía de su ministro del Interior, Héctor (un ciudadano francés, desde luego), logró suprimir los movimientos políticos de la oposición, todo parecía ir perfectamente. Pero tuvo que convencerse de que, si un régimen se proclama partidario de la democracia, no puede por mucho tiempo violar su espíritu impunemente. Además, otro error se deslizó en el cálculo de quienes querían desarraigar para siempre al Sarre de Alemania. El gran escritor francés Alphonse Daudet dijo una vez que "todo embustero lleva en sí mismo a un hombre créduo". Tal es una de las verdades fundamentales de la vida política. Cuanto más se contempla la escena internacional, más se comprueba que los regímenes acaban por creer siempre su propia propaganda, incluso sabiendo de forma pertinente que es falsa. Así, pues, a fuerza de repetir al mundo que los sarreses se apoyaban en el tándem Hoffmann-Grandval, acabaron creyendo su propia mentira. Y así fué como se expusieron al plebiscito sarrés, que el 23 de octubre de 1955 puso fin a cualquier tentativa de europeización, y que el 18 de diciembre último afirmó al Sarre como alemán y con intención de seguir siéndolo.

Muchas personas bienintencionadas, incluso en Alemania, han considerado el plebiscito sarrés como una gran catástrofe y como una derrota de la idea europea. Ciertos idealistas llegaron incluso a extremos de afirmar que fué la muerte de las tentativas europeas. No estamos de acuerdo con esta interpretación. Por el contrario, creemos que el resultado sarrés es una contribución muy grande a la unidad europea. En efecto, hoy día nadie pretenderá seguir negando que el ensayo de Sarrebruck fué una ficción. Ahora bien: en política, las ficciones son siempre nocivas. Es más: es incontrovertible que el pueblo alemán, tras su magnífica recuperación, nunca toleraría por más tiempo verse separado de una parte legítima de su territorio nacional. Pero si se hubiera forzado al Sarre a aceptar el estatuto que se le quería imponer, este minúsculo territorio se habría convertido en la manzana de la discordia entre Francia y Alemania. Todos los enemigos de Europa hubieran encontrado la oportunidad de recordar de cuando en cuando la cuestión, para debilitar de este modo nuestra unidad.

La evolución actual de la política del Sarre presenta, pues, buenos augurios, ya que pone fin a una mentira y devuelve políticamente el Sarre a Alemania, de la que nunca debió ser separado. Por otra parte, Alemania ha reconocido los derechos especiales de

Francia a la economía sarresa. Así, pues, en lugar de convertirse en elemento de discordia, el Sarre cuenta hoy con todas las posibilidades de convertirse en: 1), un auténtico vínculo de unión entre Francia y Alemania; 2), en una primera etapa de integración económica, y 3), asimismo, en un refuerzo de esta unidad occidental, tan necesaria a la seguridad de Europa.

EL MITO DE PANDIT NEHRU Y DE SU GOBIERNO

No es Europa el único lugar en que se dan las ficciones. Una de las más duraderas y, desde luego, más artificiales, ha sido una hipoteca permanente sobre la política asiática: se trata, en nuestro caso, de la persona y de la política de Pandit Nehru y de su Gobierno.

Todavía hace un año, casi todo el mundo aceptaba a Nehru como jefe indiscutible de los asiáticos, y que tanto él como su gran poder constituían la gran esperanza de un bloque neutro, laico, liberal y demócrata..., que colmaba el gozo de pensadores tan profundos como la señora de Roosevelt, el judío Douglas y los redactores de *Le Monde*. Se apreciaba en el dirigente hindú aquella tercera fuerza tan anhelada por quienes ven con horror una política francamente anticomunista y quisieran, sin embargo, mantener el actual *statu quo* que les siga asegurando honores y prebendas. Por desgracia para estos "idealistas", el año de 1955 puso término, al menos en parte, a esta dulce quimera.

No volveremos otra vez sobre la Conferencia de Bandung. Esta reunión probó a los pueblos asiáticos, entre otras verdades, todas las debilidades del falso gran hombre de la India. De ello hablamos ya en estas mismas páginas (1). A nuestro juicio, más importante que el resultado de Bandung es el hecho de que, en la segunda mitad del año 1955, el mismo bloque comunista haya ayudado a destruir este mito de neutralidad con que se nimbó el primer ministro de la India.

El primero en mostrar a Nehru en su desnuda realidad fué el comunista inglés Palme Dutt, quien, en el órgano oficial de la Kominform, escribió la siguiente frase: "Después de la guerra de Corea, las decisiones políticas más importantes de Nehru han constituido ventaja y provecho para el comunismo mundial." Nada

(1) Véase "El mes diplomático: Revoluciones y violencias" (II), págs. 95-6, en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 70 (octubre, 1955).

cabe añadir a una frase que revela, sin lugar a dudas, la apreciación moscovita de la política hindú. Por desgracia, muy pocos de nuestros políticos leen los órganos comunistas—aburridos y mal escritos, por otra parte—, y el asunto hubiera escapado a la atención pública, si Bulganin y Krustchev en persona no hubieran decidido subrayarlo de forma dramática ante la opinión mundial.

La prolongada presencia del jefe comunista en la India, su público apoyo de todos los planes agresivos de sus amigos de Nueva Delhi—trátese de Cachemira o de Goa—, la afirmación bilateral de solidaridad política..., probarían al más tardo que Nehru, lejos de ser un neutralista, ha de ser considerado hoy como cómplice de la política de Moscú.

Esta situación es, por supuesto, el fruto no sólo de una actitud ideológica, sino también un imperativo de la política interior hindú. El Partido del Congreso perdió para siempre la llama sagrada de los tiempos del difunto Gandhi. Este partido se ha hecho viejo, caduco; se encuentra hastiado y corrompido. Pese a su dominio de los poderes públicos y de su utilización de todas las riquezas del Estado para los fines políticos, su prestigio disminuye sin cesar en el respeto del público. Por otra parte, se siente rebasado en su ala izquierda por un Partido Comunista más joven, más dinámico, más revolucionario. Carente ya de fortaleza y de ánimo combativo en el plano político, social o ideológico, el régimen actual deposita sus esperanzas de sobrevivir en el hecho de que sea posible obtener del Kremlin una orden que detuviese radicalmente la acción de los agentes moscovitas. Pero para ello es preciso pagar un precio y, sobre todo, es necesario hacer comprender a los maestros de Moscú que una India respetable (porque está dirigida por un gran “demócrata”) puede ser más útil a los deseos de la Kominform que un país desangrado por la guerra civil, como consecuencia inevitable del acceso directo de los comunistas al Poder.

Planteado el negocio, Moscú reclamó inmediatamente el precio. Los rusos son directos y no se andan con finezas. Y así fué como utilizaron la admirable combinación elaborada en Nueva Delhi para montar un gran espectáculo mundial. Es cierto que los rusos han comprendido, después de mucho tiempo, la verdad que Hitler propugnó en su libro *Mein Kampf*. Ellos sabían que no hay peor ceguera que la de quien no quiere ver. Y, probablemente, tienen razón al suponer que los mismos hombres que declararon gran demócrata al Presidente Benes después que éste hubiera exterminado o expulsado del país a más de un millón de personas, estarán prestos igualmente a continuar creyendo en la neutralidad de Nehru

luego que éste, con todos sus actos, pruebe que favoreció al bloque moscovita.

Un escritor francés dijo en cierta ocasión: "Nada da mayor sensación de infinito que la bestia humana." Es éste un principio que suele acudir a nuestra memoria cuando leemos tantos y tantos comentarios sobre la política hindú. Por fortuna, una opinión que haya conservado algo del sentido de la realidad, pese a los obstáculos de la propaganda, cuenta hoy con todos los elementos para juzgar serenamente una situación que ya no da lugar a dudas.

EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

Nos encontramos, pues, con 1956 privados de muchas ilusiones. Hemos de hacer frente a una situación peligrosa, a una renovación de la guerra fría, a una continuación de la carrera de armamentos, a una poderosa ofensiva diplomática. El año no será fácil.

No obstante, esta desilusión no debe ser causa de desaliento. A la luz helada de este invierno, no veremos solamente nuestras debilidades, sino asimismo, también, el enorme potencial político, económico y militar de nuestro mundo libre. Veremos también que las victorias comunistas no son la consecuencia de un destino ineluctable. Por el contrario, si se han producido, lo fueron única y exclusivamente como resultado de nuestra debilidad de carácter y de nuestra inercia. No será en Moscú o en Peiping, sino en Wáshington, Londres, Bonn y en las otras capitales de Occidente, donde se decidirá el futuro de la Humanidad.

Otto de Ausburgo.
Hindenburgstrasse, 15.
B. STARNBERG.
Oberbayern.

